JOSE MARIA ARGUEDAS, EN SAYAGO

EL FIN DEL COMUNALISMO

MAL se conoce entre nosotros al hondo escritor peruano José María Arguedas, que se quitó la vida el 29 de noviembre de 1969 en la Universidad Agraria de Lima. Y aún menos se conoce su tesis "Las comunidades de España y el Perú", para cuya realización vino a las arrinconadas tierras zamoranas del Sayago en 1958. Aquí estudió el concejo y las comunidades agrarias, pero de la tesis que salió del estudio de esta estancia hablaremos más adelante. "Aldeano incurable" (así se autonombraba) y escritor de universal alcance, pese a que su nombre no suela figurar y fulgurar tanto como otros de la espléndida nómina de brillantes voces de Sudamérica, vino a Sayago a encontrar los antecedentes de ciertos aspectos de la vida y modalidades socioproductivas de las comunidades agrarias del Perú que los colonizadores españoles habían trasladado e injertado en las oriundas. De ello resulta un estudio pormenorizado y muy cabal del modo de vivir sayagués del momento: de la crisis que pasa por el colectivismo agrario.

Hombre y obra

José María Arguedas Altamirano nace el 18 de enero de 1911 en San Pedro de Andahuaylas, sierras sureñas de los Andes peruanos. Su madre es de familia distinguida; su padre, abogado y juez de Primera Instancia. Muere la madre cuando él cuenta tres años. Su padre casa de segundas con una viuda. José María, que ha vivido desde la muerte de su madre con su abuela materna, viene a la casa de su madrastra, a Puquio. Tiene seis años. Aquí se quiebran hondos y finos hilos de su efectividad herida. El dice: «Mi madrastra, que no era mala, sino simplemente madrastra, tenía hijos, y yo era un intruso. No me trató mal por cruel, sino porque así es el ser humano. A mí me hacía dormir en la cocina entre los indios. Por otro lado, yo tenía cuatro años, y así como la servidumbre, las indias, vieron en mí una especie de semejante suyo, puesto que era una persona maltratada y menospreciada como ellos. Entonces puede oír en quechua cuentos que se contaban, canciones que se cantaban; toda la inmensa sabiduría que en realidad tiene un pueblo de nueve siglos en ejercicio de la inteligencia y de las manos, como es nuestro pueblo peruano». Considera que su niñez fue «al tiempo que desdichada, inmensamente feliz».

El niño habló sólo quechua hasta los ocho años. Por entonces sufrió una afrenta brutal de su hermanastro Pablo, cuando éste le arrojó un plato de comida al rostro ante la servidumbre, diciéndole: «No vales lo que comes». Poco antes le había llevado como paje a visitar una de sus amantes a una chacra cercana. «El iba en un caballo maravilloso, comprado a cambio de cuarenta toros y cien carneros, y a mí me hacía ir montado en un burro que se llamaba "Azulejo", creyendo que con eso me humillaba, y sin sospechar que el "Azulejo" y yo éramos tan amigos que, cuanto más tiempo estuviéramos juntos, éramos él y yo felices». Regresó el hermano y le acusó de haberle robado el poncho de vicuña; le amenazó con el rebenque, y después, cuando regresó a la estancia y el niño comía, le arrojó el plato a la cara. Cuenta que salió, cruzó el riachuelo Yuaypumayu y, al otro lado de una quebrada, se internó en el maizal, tendiéndose sobre la tierra a llorar y pidiendo la muerte. Fue recogido al anochecer... José María es tierno, infantil, tímido. Comienza sus estudios primarios con su hermano Arístides. Continúan desafortunadas dependencias familiares. A los trece años hace un viaje de Puquio a Andahuaylas y Ayachucho a caballo; va acompañado de su padre, y se comunican con el paisaje y con los indios. Recuerdo grato y sugeridor. A los catorce años, primeros versos amorosos y lectura de «Los miserables»; a los dieciséis, primera frustración de amor. Visitas afectivas al padre, del que siente necesidad y afecto. En 1931 viene a Lima, para ingresar en la Universidad. Sus estudios secundarios han sido brillantes. En 1932 muere el padre. Con lo que llevamos apuntado podrían sugerirse pistas para indagar sobre el significado social de las neurosis o del mal «no físico» que padeció desde sus primeros años. A consecuencia de la muerte de su padre tendrá que emplearse como auxiliar en la Administración Central de Correos de Lima, donde permanece hasta 1937, en que es encarcelado como preso político por ocho meses. De su primer trabajo dice: «Me salvó. Mi trabajo era casi obrero, y tuve compañeros de trabajo de la clase obrera y media de Lima, hombres formidables a quienes quise y quiero mucho. Algunos ya han muerto». En el periódico «El Imperio», de Zamora, publica un comentario elogioso del buen funcionamiento del Servicio de Correos español, destacando la función del cartero-peatón, que reparte con harto esfuerzo diario (largas caminatas, inclemencias del tiempo) en las aldeas «comunicadas» por rudos caminos..., para terminar sacando una alentadora consecuencia sobre la capacidad de ser —hispanos e indios— tan eficientemente objetivos como germanos y sajones.

Entrada de casa de labrador rico, y en la foto de la derecha, casa de labrador pobre, en Nermillo de Sayago.

Su carrera docente corre pareja con su hacer literario e investigador. En 1939 ingresó en el Magisterio oficial. Con sus alumnos recoge y publica folklore de la región del Cuzco. El prólogo es un excelente manifiesto de pedagogía activa y popular. Allí habla de la necesidad de despertar en los alumnos la inquietud de investigar, de saber, de encontrar en la intimidad espiritual del pueblo y la riqueza geográfica. Concluyó la especialidad de Literatura en 1937. En 1935 había escrito «Agua», y en 1938, «Canto quechua», bilingüe. En 1936, director y cofundador de la revista «Palabra». Dos importantes artículos en ella: sobre los mineros y sobre Federico García Lorca. En 1941 publica «Yawar fiesta». En 1944 dice: «Hizo en mí crisis una dolencia psíquica contraída en la infancia, y estuve casi cinco años neutralizado para escribir»... Entonces le regresó a la vida el encuentro con «una zamba gorda, joven, prostituta»... 1947: publicación de «Mitos, cuentos y leyendas peruanas». Trabaja al servicio del Ministerio de Educación. En 1951 va como observador a la reunión de la OIT en La Paz (Bolivia). «Diamantes y pedernales» se edita en Lima, por Juan Mejía Baca, en 1954. El año 58 viene a España y Francia becado por la UNESCO, durante siete meses. En Bermillo y Muga de Sayago residirá casi seis. Le acompañó su primera mujer, Celia Bustamante, con la que se había casado en 1939. Su trabajo «de campo» dio un excelente fruto socio-antropológico relacionado con el colectivismo agrario. Este mismo año de su estancia en Sayago publica la editorial Losada una de sus novelas más importantes: «Los ríos profundos». Algunos la creen su logro más efectivo. Fue editada en La Habana por la Casa de las Américas en 1965, y prologada por Vargas Llosa. También se había publicado en Lima en 1964 (Ed. Nuevo Mundo). Algunos la creen su logro literario más efectivo. De los comentarios podemos deducir que sea una novela «oral y coral». En «Sexto», quizá la menos difundida, da cuenta de su vida en la prisión del mismo nombre; mejor, de la vida en la prisión. Allí está, dice Tamayo Vargas, el

Los elementos de la crisis del modo comunal de convivir y explotar la tierra vienen de lejos. José María Arguedas los encuentra en un momento de acentuación particular.

sentido de la realidad. En 1964 aparece la otra gran novela: «Todas las sangres». En abril de 1966, primer intento de suicidio, pero las píldoras que tomó se negaron a secundar su intento, según expresa en los diarios del misceláneo relato al que nos hemos referido en el punto primero, póstuma y relevante publicación. Del 10 de mayo de 1968 al 28 de noviembre de 1969, fechas en que se abren y cierran los diarios de la novela, una literatura lúcida, generosa, llamadora, plena de patriotismo para los humildes, humillados y ofendidos. Le sirve de manto de Penélope contra las «pretensiones» de la muerte, su incansable vecina. Pero el 29 de noviembre, en la Universidad Agraria, de la que era profesor desde 1962, se dispara un tiro en la sien. Muere el 2 de diciembre. Había llegado al límite de sus fuerzas. La víspera, en generosas y sentidas despedidas, dice que deja de trabajar, de luchar, de escribir. Todo era uno y lo mismo para él: «Porque yo, si no escribo, me pego un tiro». Y ese día, sí, «*dejó de escribir*». También los escollos de la vida corriente habían quebrado la canoa del amor (Mayakovsky).

Las publicaciones clasificadas de Arguedas alcanzan el tercer centenar. Nosotros creemos que el tiempo trabaja a favor de su arraigada significación de escritor «no profesional».

Fue también profesor en la Universidad Nacional de San Marcos desde 1958 a 1968 (cátedras de antropología cultural, quechua...). Casó en segundas nupcias con la chilena Sybila Arredondo, en sus últimos años, a la que pide afectuosamente, en última carta, que se quede y viva en el Perú.

La muerte de Arguedas ha dado lugar a múltiples interrogaciones sobre su significado central, mas no es adecuado simplificar con doctrinales exclusiones de fácil aplicación unilateral ante tan decisiva elección. Durkheim se refirió a la «anomia» del suicidio como a «la enfermedad de la desmesura». El escritor murió de muchas, de tantas cosas, que no es ocasión aquí elucidar. Pero difícil sería afirmar que muriera de sí mismo, de egoísmo. Alguien, parafraseando a Unamuno, ha dicho que Arguedas murió de Perú. Nosotros nos inclinamos, con Vallejo, a pensar que murió de vida: «Los muertos no son, no pueden haber sido cadáveres de una vida que todavía no han vivido. Ellos murieron siempre de vida». Modificando la expresión de Mariategui, podríamos decir que hoy importa que no exista, pero que es muy importante que haya existido. Su obra «le» sobrevive.

Arguedas, en Sayago

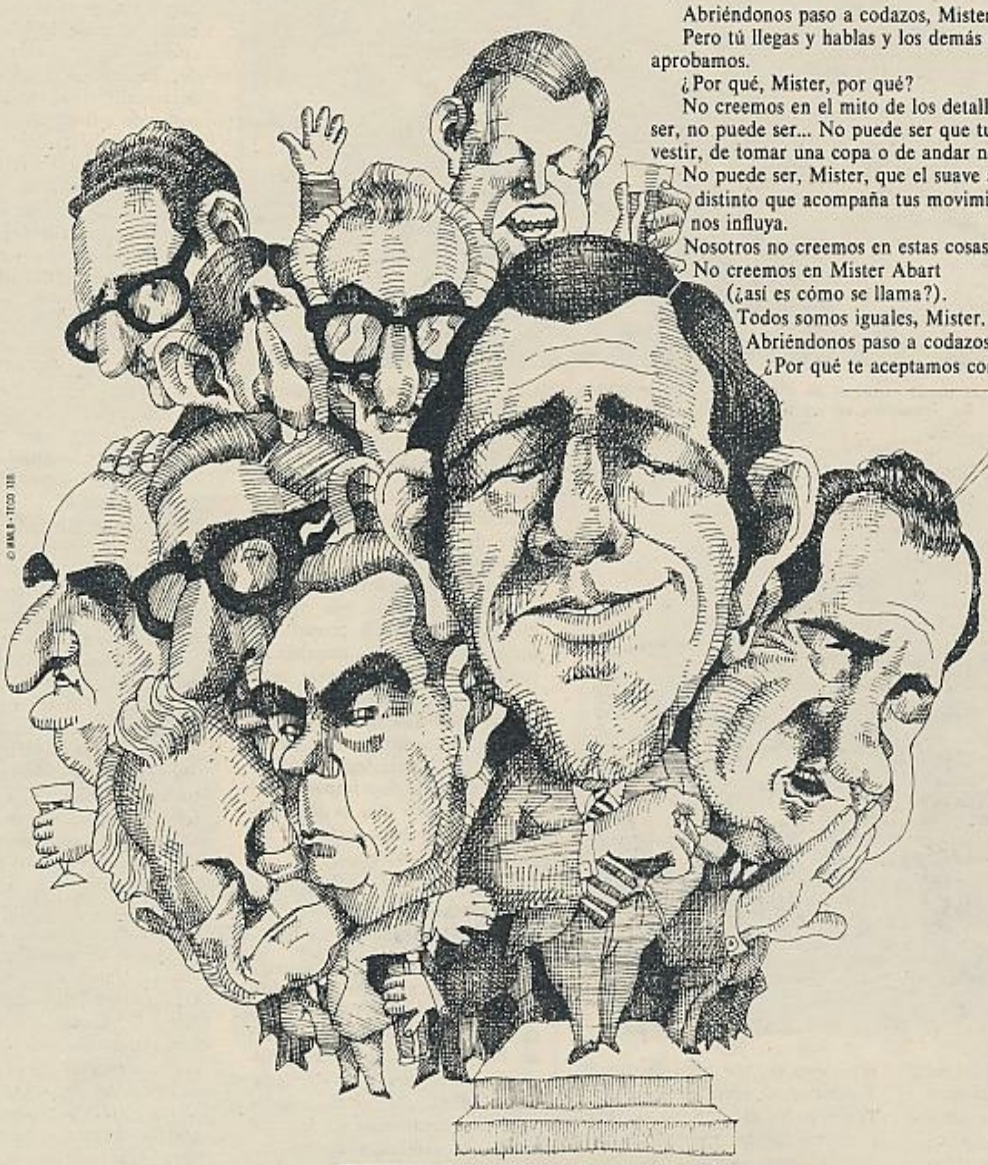
«Las comunidades de España y el Perú» es el título de la obra editada por la Universidad Nacional de San Marcos (Lima) en 1968. En ella se expone principalmente el resultado de su estudio sobre dos «comunidades agrarias» sayaguesas en las que vivió: las radicadas en los términos municipales de Bermillo y Muga de Sayago. Hace observaciones sobre territorios de Aliste y establece relaciones de influencia en las del Perú andino como consecuencia de la «conquista». El trabajo constituye lo esencial de sus tesis doctoral en etnología. José María Arguedas vino a España a comienzos de 1958 becado por la UNESCO para realizar este estudio comunalista. Eligió los citados pueblos de Sayago para efectuarla, y en ellos permaneció hasta bien entrado el verano observando, conviviendo y «escuchando» el acontecer de la vida cotidiana. No es el suyo un estudio comparativo, sino más bien una muestra del estado en que se hallan estas modalidades colectivistas de producción y sociedad por el momento. No es un estudio que atienda a preconcebidas modelizaciones indagatorias de la sociología, antropología o

etnología academicista. Es un discurso vivo y sugerente que deja escuchar, ordenándola sin coacciones, la voz de las comunidades. La influencia del escritor se deja sentir en el estudio, que no responde a formalistas y abstractas racionalizaciones y sí a una lógica más plural y crítica; a una «razón comunitaria» y «sentido comunitario» que hace del resultado «otro modelo» (ejemplo) menos moldeado. El autor señala en el prefacio: «Hicimos nuestro trabajo recogiendo casi textualmente de boca de esos vecinos la confesión de un juicio sobre todas las cosas... Alojados en posadas de arrieros, tuvimos la suerte y la oportunidad de ganar el afecto y la confianza de muchos vecinos y de pequeños negociantes ambulantes... Creemos que nuestra intuición fue constantemente mejor que nuestros instrumentos estrictamente universitarios; considerábamos, por error, la intuición como algo ajeno a lo universitario». Es, pues, irregular libro, una buena crónica; tiene, por tanto, algo de novela y está salpicado de cierto matiz académico y hasta amenamente pedantesco y temeroso a la vez. De Joaquín Costa y Santiago Méndez (1) acá no conocemos un estudio de tal calidad y cantidad referido al colectivismo agrario de Sayago; ni creemos que exista. Las citas de nuestros más actuales antropólogos apenas sobrepasan la mención costumbrista, lo cual ya tiene una larga tradición en la que cuentan Quevedo, Cervantes, Mateo Alemán, entre los más nombrados. Geógrafos como Adela Gil Crespo y Cabo Alonso han tocado el tema recientemente. Pero ninguno llega a alcanzar la densidad de estas 354 páginas de apretada exposición de Arquedas. Arguedas no es un realista inventarialista ni un demagogo social. Su estudio no excluye la «pretendida» objetividad científica exigida a la ciencia social. Su opción popular se acomoda a este sentido. De su exposición pueden sacarse admirables consecuencias de la vigencia y conveniencia de una razón científica dialogal, participativa, comunitaria. El logra el contacto popular especialmente a través de ancianos y niños. En los primeros halla un transcurso temporal más largo y experimentado y, por tanto, con más perspectivas de enjuiciamiento. En los niños observa y toma un elemento de espontaneidad que, a través de expresiones folklóricas, facilita elementos de captación de lo que puede haber sido un «tono vital». Tono que hoy hace crisis, al tiempo que lo hacen las «comunidades», orientándose a

(1) *Op. cit.*

Sobramos hombres, Mister.

Abriéndonos paso a codazos, Mister.
Pero tú llegas y hablas y los demás callamos y aprobamos.
¿Por qué, Mister, por qué?
No creemos en el mito de los detalles. No puede ser, no puede ser... No puede ser que tu forma de vestir, de tomar una copa o de andar nos influya.
No puede ser, Mister, que el suave aroma distinto que acompaña tus movimientos nos influya.
Nosotros no creemos en estas cosas.
No creemos en Mister Abart (¿así es cómo se llama?).
Todos somos iguales, Mister. Demasiados.
Abriéndonos paso a codazos.
¿Por qué te aceptamos como líder?



mister abart
LN ABART

Póngalos en su curriculum

Colonia, after shave, desodorante, gel de baño, jabón y crema de afeitar.

EL FIN DEL COMUNALISMO

un pesimismo y una amargura evidentes. Resulta de todo ello un retrato vivo o, quizá mejor, una melodía o tonada de lo que podría ser, en la perspectiva de un futuro (el negativo) posible, el *"nuevo réquiem por un campesinado"*. Los elementos de la crisis del modo comunal de convivir y explotar la tierra vienen de lejos. José María Arguedas los encuentra en un momento de acentuación particular. El mira y ve con preferencia los aspectos personales, psicológicos, sociales, políticos, pero no olvida anotar el ingreso del «ánimo de lucro» y la libre competencia económica y comercial. Por esa razón toma a Muga de Sayago como un punto incisivo y de contraste de su estudio. Si en Bermillo la propiedad comunal supera el 60 por 100 del territorio, en Muga se ha pasado prácticamente a la propiedad privada y a la pugna interindividual por el enriquecimiento. Pero tampoco en Bermillo es próspera la vida comunal por la existencia de una sociedad de castas que divide a «señoritos» y «comuneros» (funcionarios y empleados frente a campesinos). Arguedas observa bien la crisis. No hay que olvidar que estamos en 1958; en un período en que las más potentes fuerzas económico-industriales no han sido desplegadas. Pero no estaba lejos ya el primer Plan de Desarrollo (1964), que movilizará con más fuerza y coherencia una política económica de concentración dineraria e industrial. La agricultura queda relegada; máximamente en estas zonas de «explotaciones de la escasez». Y si un alivio demográfico resulta congruente con el paso a nuevas modalidades de más eficiente y técnica productividad, cierto tirón desorbitado puede dejar sin capacidad de regeneración social a éstas tan altamente envejecidas, que ya han comenzado «la cuenta atrás demográfica» con particular aceleración. Los Planes han seguido creando desarrollo preferentemente industrial. La crisis que ya ve Arguedas quizá se torna en «agonía» a medida que el tiempo avanza; «Las comunidades se debaten así entre la tradición que creó vínculos cooperativos entre los vecinos y la presión externa que trata de desintegrar las bases de tales vínculos para convertirlas en sociedades en que los hombres se enfrenten cada vez más agudamente unos a otros mediante una carrera competitiva para acumular bienes materiales». Estas comunidades, que según la apreciación del autor fueron un día «hurmiento» (fermento) para, asociadas a las indígenas del Perú, servir a un determinado control económico y de dominación política, así como a la contención por parte del poder real del nacimiento de grandes posesores de riqueza y de la posible aparición de fuertes burguesías adineradas entre los «colonizadores» hispánicos, han pasado en Sayago a un punto de «yelda», de frialdad (por seguir la lengua de la comarca), que el riesgo de pasar del «mísere» ser al «miserere» no es sólo ociosa ironía de seguir la antecedente imagen musical. Arguedas siente cómo las fuerzas externas obran aquí con imperativos de dominio. En el Perú, dice, «las fuerzas endógenas de los pueblos peruanos son, a nuestro juicio, mucho más poderosas en cuanto al *ethos comunitario*». El estudioso escritor ve y prevé bien. Las últimas líneas dejan abierta la posibilidad a la corrección, y, por ello, en parte, a la «esperanza»; a la espera al menos. Ha pasado el tiempo. ¿Podrá aún hoy ser superada la agonía de anulación o habrá que esperar la creación de esa mentada «empresa agraria», que quizá haya que traducir por implantación de «otra agricultura» dineraria y forastera, cuando ya no existan comunidades sobre la faz de aquel confín?

El importante libro de Arguedas finaliza con fotos de la vida corriente, semejantes a las que servirán para ilustrar este relato dedicado a la memoria de quien, siendo ya notable escritor, ha dejado en Sayago un recuerdo de humilde, sencilla, afable cordialidad personal. Doña Sabina, la dueña de la posada, ha muerto, pero, ¡cómo le recuerda su hija Chon en el diario menester de llevar carne a los medrosos y desmedrados perros de Bermillo! Doña Felicidad sigue en la suya de Muga, ignorando la fértil y propia cooperación científica; guardando las cartas que Celia le escribiera. Por ellas conocemos más de los insomnios, de los quebrantos, de las atenciones fraternales y de la estimación por los animales de José María Arguedas «Moro», el perro del cacharrero, ha muerto. Ustedes lo recuerdan con tristeza y lo tratan en su escritura humanísimamente, como a uno más. Perdonen la tristeza.

Su obra da a Sayago un futuro en la cultura universal que no tenía ni quizá soñaba. Un futuro que quizá en otros «terrenos» tiene muy amenazado. Pero sin caer en ingenuísimos idealismos; de algún modo podríamos decir los sayagueses, recordando su hermoso himno-canción a Tupac-Amaru: «Ya no tememos a la muerte». Y sin que esto sea, naturalmente, el signo de la aceptación de nuestra agonía de perdición en... «otros terrenos». ■ **J. A.**

OPS